

eterna. He gozado de los pasatiempos y placeres del mundo; he vivido disipado corriendo ciegamente tras de un fantasma de felicidad, que cada vez se ha alejado mas de mí. He visto por la experiencia que nada me ha quedado de todos mis delitos sino el arrepentimiento; y cuando la experiencia propia no me certificara bastante de estas verdades, veo que lo mismo ha sucedido á los demás hombres. Veo á un Agustino tanto tiempo vacilante para buscar, encontrar y seguir el camino de la verdad. ¡Qué diligencias no hizo! ¡qué congojas y contradicciones no padeció! ¡qué luchas interiores! ¡qué peso le hacían las honras del mundo y los deleites sensuales! ¡cuánto estudió, meditó y consultó para saber donde residía la verdad, y la vida feliz y bienaventurada! Y despues de todas sus fatigas, ¿qué es lo que halló, Dios mio? Halló que sin vos no hay felicidad, ni paz verdadera; que todos los momentos que habia vivido sin vos eran momentos perdidos; y que despues de todos sus extravíos, sus errores y sus deseos, no tenia otro asilo, otro consuelo, ni otro objeto en que colocar con seguridad su confianza, que vuestra divina misericordia. Tuvo que llorar por toda su vida el haberós retardado el sacrificio de un corazon contrito y humillado.

Pues, Señor, Dios mio y Padre mio misericordioso, desde este instante me postro á vuestro piés implorando vuestra misericordia; desde este instante abomino mi vida pasada, y propongo convertirme á vos con una verdadera penitencia. Conozco mis extravíos, y los detesto con todas las veras de mi alma. Examinaré mi conciencia, buscaré las aguas saludables de vuestros sacramentos para lavar mis culpas, y reconciliado con vos, ninguna cosa de este mundo será capaz de apartarme de vuestro servicio. Dadme, Señor, gracia para poner en obra estos buenos

deseos, ya que por vuestra bondad me habeis dado tiempo para convertirme. Dadme, Señor, lágrimas con que llorar mis culpas, y perfeccionad en mí la obra que vos mismo habeis comenzadó.

DIA SEIS.

LA FIESTA DE SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM.

Queriendo nuestra madre la Iglesia honrar la memoria de lo que el evangelista san Juan padeció por Jesucristo, instituyó en este dia la fiesta de su martirio.

Quando el Salvador del mundo se dirigia á Jerusalem para consumir en aquella ciudad su sacrificio, iba conversando con sus apóstoles acerca de lo que en ella habia de padecer, pronosticándoles todas las ignominias de su pasion, hasta las mas menudas circunstancias. Ya veis, les decia, que subimos á Jerusalem; allí será el Hijo del hombre traidoramente entregado á los ancianos del pueblo, á los doctores, á los magistrados, y á los principes de los sacerdotes, quienes le entregarán á los gentiles; allí será expuesto á la risa y á la burla del insolente populacho, será escupido, será cruelmente azotado, y en fin será condenado á morir en una cruz; pero despues de su muerte resucitará lleno de gloria. Todo este discurso para los apóstoles era un enigma; no entendían palabra de lo que les queria decir, y no acertaban á concebir cómo podían componerse tantas ignominias con tanta dignidad y con tanta grandeza en la persona de su Maestro.

La causa de su ignorancia consistia en aquella dificultad que de ordinario tiene la naturaleza en con-

cebir y estimar las cosas que mira con aversion. Como los discipulos de Cristo aun no habian aprendido á amar las cruces, no le oian de buena gana hablar sobre esta materia, y mucho menos comprendian lo que el Salvador les decia. Gustaban todavía de las honras, y solo pensaba cada uno en el modo de sobreponerse á los otros. Con este espíritu los hijos del Zebedeo, Santiago y san Juan, se valieron de su madre, para que como parienta de la santísima Virgen, y como tia del mismo Cristo, le pidiese para ellos algun puesto distinguido en su reino. Bien instruida la buena madre por sus dos hijos, y llevándolos consigo, se presentó ante el Señor; adoróle con respeto, y dice el Evangelio que le pidió licencia para hacerle una súplica. Habiéndosela concedido el Salvador, segun su bondad ordinaria: Señor, le dijo con la mayor confianza y sencillez, yo os suplico que mireis con particular cariño á estos dos hijos míos, y que prefiriéndolos á todos los demás discipulos, les concedais las dos primeras sillas en vuestra gloria.

No le pareció conveniente á Jesucristo responder directamente á la madre, puesto que eran los hijos los que hablaban por su boca; y así dirigiéndose inmediatamente á los dos hermanos, sin reprenderles por entonces la ambicion, se contentó con hacerles visible su ignorancia y groseria. No sabeis, les dijo, lo que pedis; y se conoce bien que hasta ahora no habeis comprendido qué cosa es ser grande en mi reino, cuáles son las primeras sillas de él, qué méritos y con qué grados se ha de ascender á ellas; no habiendo otros que la humillacion, las adversidades y los trabajos. Decidme, ¿tendréis valor para beber el amargo cáliz que yo he de beber primero, y para ser bautizados en vuestra sangre, como yo lo he de ser en la mía? En medio de ser todavía los dos apóstoles tan imperfectos y tan groséros como se reco-

nocia por su misma peticion, el amor que profesaban á su divino Maestro les dió aliento para responder con toda resolucion, que estaban prontos á padecer todo cuanto se ofreciese, á su ejemplo, y por su servicio; que no tenia mas que hacer la experiencia, y veria hasta dónde llegaban sus deseos de sacrificarse por su amor.

Agradó tanto al Salvador esta animosa respuesta, que desde luego les prometió la corona que está preparada para todos los que tienen parte en su cruz y en sus trabajos. Si, les dijo, vosotros beberéis mi cáliz, y seréis bautizados con el mismo bautismo con que yo lo he de ser. Pero en orden á esas primeras sillas á que aspirais á los dos lados de mi trono, debo deciros, que si me mirais puramente como hombre, ni me corresponde dáros las, ni aunque hubiera yo de conferir las, atenderia al favor, al parentesco, al empeño, ni á algun otro humano respeto; esos premios están reservados para aquellos á quienes mi Padre los destina, y á mí solo me toca ponerlos en la posesion de los que este señala, segun su virtud y merecimientos.

Se puede decir en algun modo que san Juan, aquel discipulo tan favorecido, tan tiernamente amado del Señor, y al cual él por su parte amaba tan fervorosamente, tardó poco en verificar lo que le habia anunciado su divino Maestro, de que beberia su cáliz; porque verdaderamente gustó toda la amargura de él, habiendo padecido su amante corazon todos los dolores del Salvador, de cuyo lado no se apartó ni un solo momento hasta la muerte.

Pero aun debia cumplirse mas á la letra la profecia del Señor en orden á san Juan. No bastaba que el discipulo amado padeciese interiormente el martirio del corazon, siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial Maestro; era me-

nester que tuviese parte en ella mas visiblemente; y hablando con propiedad, hasta despues de la venida del Espiritu Santo no le hizo el Salvador participante de su cáliz. Inmediatamente, ó no mucho tiempo despues, padeció san Juan en compañía de san Pedro cárceles, azotes y oprobios, en la persecucion que levantaron los Judios contra los apóstoles despues de la muerte de san Estévan. Pero aun esto no fué mas que como un preludio de lo que habia de padecer, andando el tiempo, bajo el poder y tirania de los principes gentiles.

Habiendo sucedido Domiciano en el imperio á su hermano Tito, el año 81 del nacimiento de Cristo, fué el segundo emperador que empleó todo su poder en procurar destruir el reino del mismo Cristo, y en borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano; y como no era inferior en crueldad al mismo Neron, aun fué mas sangrienta que la primera esta segunda persecucion que excitó contra la Iglesia. Hallábase á la sazón nuestro santo en Efeso, donde habia fijado su residencia por la comodidad de atender mas fácilmente al gobierno y á las necesidades de las iglesias de Asia, que habia fundado el mismo apóstol. Ya habia padecido muchos malos tratamientos de los gentiles; y aunque era grande la veneracion que generalmente profesaban todos á su persona, no por eso le eximió de la persecucion. Fué desterrado de Efeso, y poco tiempo despues conducido á Roma, donde, cargado de prisiones y encerrado en un horrible calabozo, rebosaba de alegría viéndose en vísperas de dar su sangre y su vida por su amado y dulcísimo Maestro.

Informado el emperador de las circunstancias y carácter de este cristiano héroe, quiso verle; y san Juan se presentó ante el trono del tirano con aquella majestuosa modestia, y con aquel aire de agrado,

de santidad y de dulzura, que se habia siempre admirado en nuestro apóstol. Contribuía tambien su avanzada edad á hacerle mas respetable; y el emperador quedó como sorprendido á la vista de aquel venerable anciano. Preguntóle acerca de su religion; y las respuestas que le dió, le hicieron admirar su intrepidez y grandeza de alma. Es necesario, le dijo el emperador, que renunciés una religion cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleites de los sentidos, cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos, y que te pases á la nuestra, donde acabarás en paz tus dilatados dias. Horrorizado el apóstol al oír semejante proposicion, lleno de una santa indignacion, y animado de aquel generoso zelo que avivaba y encendia cada dias mas y mas el tierno amor á Jesucristo: « No creas, ó emperador, le respondió, que tus promesas ni tus amenazas me hagan titubear; no hay mas que un solo Dios, y ese es aquel á quien yo sirvo y adoro; mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por él, y hace mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio. »

Quedó el emperador por un rato como cortado y suspenso al ver la entereza y la noble osadía de aquel venerable anciano; pero duró poco esta suspension de su crueldad, porque volviendo luego en sí, mandó que al instante fuese arrojado el santo en una tinaja de aceite hirviendo, para que perdiese la vida en este tormento.

Escogióse para teatro una gran plaza cerca de la puerta-Latina, llamada así, porque se salía por ella á los pueblos del Lacio, ó *pais latino*, que hoy se dice la campaña de Roma. En medio de ella se colocó una gran caldera, ó tinajón lleno de aceite, que se asentó sobre una grande hoguera. Concurrió el senado y la mayor parte de la ciudad al ruido de este espectáculo, movidos todos aun mas de las no-

ticias que tenían de la reputacion, ancianidad y grandeza de corazon de nuestro santo. Fué ante todas cosas despojado y cruelmente azotado el apóstol, segun las leyes de los romanos, que ordenaban este suplicio á todos los condenados á muerte. Cuando el santo cuerpo estuvo todo rasgado y todo ensangrentado al rigor de aquella espesa lluvia de golpes, le metieron en el tinajon, ó caldera de aceite hirviendo; pero el Señor, que solo queria darle la gloria del martirio, como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres acortasen una vida tan preciosa, y de que todavía tenia necesidad su santa Iglesia, renovó en favor de su amado discipulo el milagro de los tres niños en el horno de Babilonia; porque el aceite hirviendo se convirtió en un baño dulce y benéfico que le refrigeró, cerró y cicatrizó sus heridas, y las llamas se volvieron contra los ministros que las atizaban fomentándolas con sucesivos materiales. Este milagro tan evidente y tan sensible no podia dejar de producir su efecto. Quedaron atónitos todos los circunstantes, y muchos de ellos se convirtieron; y el mismo emperador, cuando le refirieron el suceso, se mostró tan admirado, que se contentó con enviar desterrado á nuestro victorioso apóstol á la isla de Patmos en el mar Egeo, llamada hoy Potina, ó Palmosa, donde estuvo hasta la muerte de Domiciano; y en ella fué donde Dios le reveló los admirables y escondidos misterios del Apocalipsis. Así se cumplió la profecía de Cristo, de que beberia el cáliz de su pasion; y por eso los antiguos, con toda la Iglesia, le dan el título de mártir, pudiendo decirse de él con san Agustin: «No faltó Juan al martirio, sino que el martirio le faltó á Juan. No padeció hasta morir; pero Dios que tenia bien comprendido el templo de su corazon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la tierra lo conoció tambien. Los

tres mancebos fueron arrojados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y salieron del horno vivos; ¿diríase por eso que no fueron mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consumidos; pero si consideramos sus corazones y sus voluntades, fueron coronados.»

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de san Juan, edificaron desde los primeros siglos una hermosísima iglesia bajo su advocacion en el propio sitio donde fué echado en el aceite hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo, en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fué de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fué en Inglaterra desde el siglo doce hasta el cisma; despues del cual se contentaron los Ingleses con hacer memoria de ella en el calendario de su nueva liturgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente extinguido, que debieran abrirles los ojos para conocer sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso extravío.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de san Juan *ante Portam Latinam*, instituida en memoria del dia en que llevado este santo evangelista desde Éfeso á Roma, segun la orden del emperador Domiciano, por sentencia del senado le metieron delante de esta puerta en una tinaja de aceite hirviendo, de la que salió mas puro y mas fuerte que habia entrado.

En Antioquia, san Evodio, el cual, habiendo sido consagrado primer obispo de esta ciudad por el apóstol san Pedro, segun dice san Ignacio en su carta al

pueblo de Antioquia, terminó allí su vida con un glorioso martirio.

En Cirene, san Lucio obispo, de quien hace mencion san Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*.

En Africa, los santos Heliodoro y Venusto, con otros setenta y cinco mártires.

En Chipre, san Teódoto, obispo de Cerines, quien, despues de haber padecido mucho en tiempo del emperador Licinio, entregó su alma á Dios estando ya en paz la Iglesia.

En Damasco, la fiesta de san Juan Damasceno, esclarecido en virtud y doctrina, que combatió fuertemente de viva voz y por escrito contra Leon el Isaurico por sostener el culto de las santas imágenes: habiéndosele cortado la mano derecha por órden de este príncipe, la recobró sana y entera, luego que arrodillado delante de una imagen de la santísima Virgen, cuya gloria habia defendido, invocó su intercesion.

En Carres en Mesopotamia, san Protógenes obispo.

En Inglaterra, san Elberto, obispo de Lindisfarne, célebre por su piedad y ciencia.

En Roma, santa Benita virgen.

En Salerno, la traslacion del apóstol san Mateo, cuyo santo cuerpo, habiendo sido llevado de Etiopia á diferentes provincias, fué conducido finalmente á aquella ciudad, y colocado honorificamente en la iglesia dedicada á su nombre.

La misa es en honor del santo, y la oracion de ella la siguiente.

Deus, qui conspicis quia nos undique mala nostra perturbant: praesta, quaesumus, ut beati Joannis apostoli tui et

O Dios; que estás viendo nuestra turbacion por las calamidades que de todas partes nos rodean; suplicámoste nos

evangelistae intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

concedas que seamos defendidos de ellas por la gloriosa proteccion de tu apóstol y evangelista san Juan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 de la Sabiduria, y la misma del dia 1, pág. 12.

NOTA.

« No obstante que á todos los libros de Salomon, » y aun al Eclesiástico, se les da el nombre de libros » sapienciales, con todo eso al que contiene la epistola » toda presente, siempre se le llamó por excelencia » *el libro de la Sabiduria*, porque está lleno de máximas » mas prudentes y santas, no solo para los grandes » del mundo, á quienes principalmente dirige su » discurso el autor, sino para toda suerte de personas. »

REFLEXIONES.

Al ver la seguridad con que se vive en el mundo, la alegría que reina en todas sus diversiones, y estas diversiones como sembradas y esparcidas por todas las edades de la vida; al ver aquella ostentacion, aquel fausto, aquella profanidad que casi confunde todas las clases y condiciones; al oír las conversaciones y los discursos mas ordinarios de las gentes poco devotas, y de esas mujeres del siglo; ¿diríase por ventura que todas estas personas creen como infalibles las verdades mas espantosas del cristianismo? ¿Se las haria mucho agravió en preguntarlas si eran cristianas? Aquella libertad que se toman, ó por mejor decir, aquella descarada impiedad con que se divierten en hacer burla de la devocion y de los devotos; en hacer ridículos los ejercicios, los actos de religion mas respetables; en constituirse censores de las leyes mas santas; en hacerse maestros de las máximas mas corrompidas del vicio y de la libertad; en tratar de

simples y de mentecatos á los que viven cristianamente; aquella licenciosa osadía, aquella escandalosa desvergüenza, aquel tono altanero, aquel aire pagano acobarda á los buenos; cede, digámoslo así, la virtud, se corta, se esconde, se humilla á vista de aquella avilantez desvergonzada; pero no dura largo tiempo la tiranía. La muerte hace siempre justicia á la virtud; nunca prescribe la iniquidad contra el verdadero mérito. Los disolutos y los devotos, las mujeres profanas y las piadosas, tarde ó temprano, todos y todas se presentan á este tribunal, todos sin distincion comparecen ante el soberano Juez: *Tunc stabunt justi in magna constantia*. Mudóse enteramente el teatro, y una nueva escena se representa: allí no se admiten títulos ni dictados pomposos; equipajes, tren y muebles preciosos no valen; todo el mundo comparece delante de los ojos de Dios sin máscara y sin disfraz. ¡Qué alegría entonces, qué confianza la del justo! Erguiráse entonces, dice el Sabio, con grande valor contra los que tanto le maltrataron. Pero ¡qué turbacion, qué horrible estupor el de los malos! ¡Cuál será su asombro cuando vean que el justo se salvó contra lo que ellos pensaban! *Et mirabuntur subitacione insperatæ salutis*. Entonces se desvanecen las ilusiones, cáese la mascarilla, y se ven las pasiones apagadas. Mas ¡qué remordimientos tan estériles! ¡qué arrepentimientos tan infecundos! Entonces aquellos hombres sin religion, aquellos ídolos del mundo, aquellos impíos ya desmascarados se dirán los unos á los otros, arrancando profundos suspiros de aquellos sus oprimidos corazones: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum*: Estos son aquellos que en algun tiempo eran el objeto de nuestras zumbas, de nuestros desprecios, y á quienes mirábamos con una especie de maligna compasion. *Nos insensati*; necios de nosotros, que teníamos su vida por locura,

y reputábamos su muerte por ignominiosa. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora vedlos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios, y vednos aquí á nosotros infelices, condenados, réprobos y objeto funesto de su terrible indignacion. A ellos les ha tocado por herencia ser contados en el número de los santos; á nosotros se nos ha destinado por habitacion y por legitima el infierno. Mortales divertidos, hombres sin religion, disolutos, libertinos, mujeres idólatras de la profanidad, así habeis de discurrir algun día, así habeis de hablar, así habeis de sentir con un arrepentimiento tanto mas cruel, cuanto será mas inútil. En el mundo se representa una comedia, se rie, se aplaude, se campa, se triunfa; pero esperemos un poco, la muerte, el juicio, la eternidad harán justicia á todos, y pondrán las cosas en su lugar.

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore, accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo, se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Dijoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.